

EDITORIAL

Cultura, en su sentido más amplio, ampara todo cuanto ha creado el hombre. No obstante, el término incluye también a la naturaleza cuando se aplica en el sentido de estudio. Todo cuanto nos rodea es cultura, desde la zapatilla y el maquillaje hasta la lotería y la bomba atómica. La tradición, las leyes, las bellas artes, la ciencia y la investigación, son productos del raciocinio humano. En consecuencia, son manifestaciones culturales.

Las universidades surgieron derivadas de un concepto de universalidad. Constituyen el gran crisol del saber atesorado por el hombre al paso de los siglos. A ellas compete ser, a un tiempo, almacén y nervio emisor de las ciencias, las artes y las tecnologías, acervos creativos, constructivos y transformadores del quehacer humano. Parafraseando un eslogan, diremos que son casas abiertas al tiempo.

A ese dinamismo pertenece la Universidad Autónoma del Carmen. Cuarenta y dos años de activismo educativo representan apenas una pincelada de amor a la cultura en la vertiente robustecida de las universidades de México, ya no diremos de América. Ninguna norma o exigencia, sin embargo, para negarle el sustento de un prestigio acuñado por méritos propios, legado de la raíz educativa del histórico Liceo Carmelita abonado con el esfuerzo y la dedicación de varias generaciones de hombres y mujeres talentosos, esforzados, innovadores, capaces.

Universidad joven, en la provincia mexicana, emite latidos como un corazón vivo. Transfigura en el joven corazón de la educación campechana que derrama el *sumun* generoso de la cultura para hacer más fecundo el marco geográfico y humano de la región de la Laguna de Términos y de México.